

dan de uno á otro confin de aquellas llanuras ; tribus que no tienen mas nacionalidad que sus caprichos, que no reconocen ni patria, ni señor ; hijos del desierto, que tienen por enemigos á todos los que quieren someterlos, ayer á los Turcos, hoy á los Egipcios... Esos no son Turcos.

Damasco, grande y magnífica ciudad, ciudad santa, ciudad donde el fanatismo musulman prevalece todavía, tiene una poblacion de ciento á ciento cincuenta mil almas; en este número hay treinta mil cristianos, siete ú ocho mil judíos y mas de cien mil Arabes. Un puñado de Turcos reina todavía por el espíritu de conquista y de coreligion sobre el pais; pero Damasco, ciudad discola é independiente, se rebela á cada instante, asesina á su bajá y espulsa á los Turcos. Lo propio sucede en Alepo, ciudad infinitamente menos importante, de donde se retira el comercio y que espira bajo las ruinas de sus terremotos. Las ciudades de la Siria propiamente tal, desde Gaza hasta Alejandreta, contando las dos ciudades de Homs y de Hama, estan igualmente pobladas de Arabes, de Griegos siriacos, de judíos y de Armenios ; la totalidad de los Turcos de este hermoso y vasto territorio no asciende arriba de veinte á cuarenta mil. Los Maronitas, nacion sana, vigorosa, despejada, guerrera y mercantil, ocupan el Líbano y desdeñan ó des-

fian á los Turcos. Los Drusos y los Metualis, tribus independientes y valerosas, forman, con los Maronitas, bajo el gobierno federal del emir Beschir, la poblacion dominante y señora en realidad de la Siria y aun de Damasco el dia en que todo esté desmembrado y abandonado á la naturaleza : allí hay el germen de un gran pueblo nuevo y civilizable ; la Europa no tiene que hacer mas que incubarle con los ojos y decirle : — ¡Levántate !

Luego vienen el Monte Tauro, y esa inmensa Caramania (Asia-Menor) cuyas provincias eran siete reinos, cuyas playas eran ciudades independientes ó florecientes, colonias griegas y romanas. Yo he recorrido todas sus costas ; yo he entrado en todos sus golfos, desde Tarson hasta Tcheshmé, y solo he visto playas fértiles, pero desiertas y algunas miserables aldeas habitadas por Griegos ; el interior encierra la indomable tribu de los Turcomanos, que pastorean sus rebaños en los montes y se acampan el invierno en las llanuras. Adana, Konia, Kutaya, Angora, sus principales ciudades, estan pobladas cada cual de algunos millares de Turcos ; solo Esmirna es un vasto centro de poblaciones, pues tiene sobre cien mil almas, pero mas de la mitad se compone de cristianos, de Griegos, de Armenios y de judíos. Si subimos las riberas del

Asia Menor, hallamos las hermosas islas griegas de Chio, Rodas y Chipre. Chipre es ella sola un reino; tiene ochenta leguas de longitud sobre veinte de anchura; ha sustentado y sustentaria muchos millones de habitantes; tiene el cielo de Asia y el suelo de los trópicos; está poblada por sobre treinta mil Griegos, y sesenta Turcos, encerrados en una fortaleza ruinosa, representan en ella la nacionalidad otomana; lo mismo sucede en Rodas, en Stanchio, en Samos, en Chio, en Mitilene. Hasta aquí ¿donde están los Turcos? — Esta es sin embargo la mas hermosa mitad del imperio.

La orilla del mar de Mármara y el canal de los Dardanelos estan poblados igualmente de algunas ciudades pequeñas, medio turcas, medio griegas; poblacion rara y pobre, diseminada, á grandes distancias, por costas sin profundidad. No se puede evaluar la poblacion turca de estas partes en mas de cien mil almas, contando á Brusa.

Constantinopla, como todas las capitales de un pueblo en decadencia, es la única que ofrece una apariencia de poblacion y de vida; á medida que la vida de los imperios se aleja de las estrechidades, se concentra en el corazon: tambien hubo tiempo en que todo el imperio griego estuvo en Constantinopla, y en que tomada la cin-

dad, ya no hubo imperio. No se sabe de cierto cual es la poblacion de Constantinopla, y los cálculos varian desde 500,000 almas á un millon, pues como falta la estadística, cada cual juzga sobre datos particulares. Los míos no son mas que la ojeada echada sobre el inmenso desarrollo de la ciudad, comprendida Scutari, sobre las riberas del Cuerno de Oro, del mar de Mármara y de las costas de Asia y Europa: todo esto lo comprendo bajo el nombre de Constantinopla porque no hay interrupcion de casas. Las denominaciones de cuarteles, de ciudades y de aldeas son arbitrarias, y en realidad todo ese espacio forma un solo cuerpo de ciudad, un solo centro de poblacion; la serie de casas, kioskos, palacios ó aldeas, sobre una anchura á veces considerable, á veces de una ó dos casas solamente, es de sobre 44 leguas. Creo que el conjunto de esta poblacion puede calcularse en seis ó setecientas mil almas. Una tercera parte solamente es turca; lo restante se compone de armenios, judíos, cristianos, francos, griegos y búlgaros.— La poblacion turca de Constantinopla, asciende, pues, segun mi cálculo, á unas dos ó trescientas mil almas. No he visitado las orillas del Ponto-Euxino, pero si hemos de dar crédito al escelente y concienzudo viage de M. Fontanier, publicado en 1854, las poblaciones indígenas pre-

dominan, y la poblacion turca está allí en decadencia como en las partes del imperio que he recorrido.

En la Turquía de Europa, la única gran ciudad es Andrinópolis, y puede tener de treinta á cuarenta mil Turcos: Filipópolis, Sofia, Nisa, Belgrado y las pequeñas ciudades intermedias, otro tanto. Añado doscientos mil Turcos por las partes de la Turquía que no he visitado, y tendremos un total de trescientos mil. En la Servia y la Bulgaria apenas hay un turco por aldea, y supongo que lo mismo sucede en las demas provincias de la Turquía de Europa. Tomando en cuenta los errores que he podido cometer y atribuyendo al interior del Asia Menor una poblacion turca muy superior á la que manifiestan el testimonio de los ojos y las relaciones de los viajeros, no creo que en realidad el total de aquella ascienda en el dia á mas de dos ó tres millones de almas, y aun dudo mucho que llegue á este número. He aquí pues la raza conquistadora, venida de las orillas del mar Caspio y derretida al sol del Mediterraneo; he aquí la Turquía poseida por un tan corto número de hombres ó mas bien perdida ya por ellos, porque mientras que el dogma de la fatalidad, la inercia, que es su consecuencia, la inmovilidad de instituciones y la barbarie de administracion, redu-

cen casi á nada á los vencedores y á los señores del Asia, las razas esclavonas, las razas cristianas del norte y del mediodia del imperio, las razas armenias, griegas, maronitas y la raza árabe conquistada, crecen y se multiplican por efecto de sus costumbres, de sus religiones y de su actividad. El número de los esclavos supera inmensamente al de los opresores; los Griegos de la Morea, flaca y miserable poblacion, han echado ellos solos, en un momento de energía, á los Turcos del Peloponeso; la Moldavia, la Valaquia han sacudido el yugo; las islas estarian todas emancipadas, á no ser por el tratado europeo que garantiza todavía su posesion al sultan; la Arabia toda entera está disecada en familias de hombres desconocidas unas de otras, aliadas sucesivamente con los Turcos y con los Egipcios, y trabajada, en su parte mas enérgica, por el gran cisma de los Wahabi. Los Rusos y los Persas han arrancado al dominio musulman dos terceras partes de los Armenios; los Georgianos son Rusos; los Maronitas y los Drusos serán dueños de la Siria y de Damasco el dia en que lo intenten seriamente; los Búlgaros son una numerosa y sana poblacion, tributaria todavía, pero que ella sola, mas numerosa y mas organizable que los Turcos, se emancipará cuando quiera: los Servios se han emancipado ya, y sus magnífi-

cas selvas empiezan á estar surcadas de caminos reales y á cubrirse de ciudades y aldeas; el príncipe Milosch, su gefe, no admite á algunos Turcos en Belgrado mas que como á aliados, y no como á señores. El espíritu de conquista, alma de los Osmanlis, se ha estinguido; el espíritu de proselitismo armado se ha desvanecido en ellos hace mucho tiempo; su fuerza de impulsión no existe en parte alguna; su fuerza de conservación, que residiria en una administracion uniforme, ilustrada y progresiva, no reside mas que en la cabeza de Mahmud; el fanatismo popular ha muerto con los genizaros, y si los genizaros renacen, la barbarie renacerá con ellos: se necesitaria un milagro de genio para resucitar el imperio, y Mahmud no es mas que un hombre de corazon; el genio le falta; asiste en vida á su ruina, y halla obstáculos donde una inteligencia mas vasta y firme hallaria instrumentos; se ve reducido en fin á buscar un apoyo en los Rusos, sus enemigos inmediatos. Esta política de desesperacion y debilidad le pierde en el ánimo de su pueblo; Mahmud no es mas que la sombra de un sultan, asistiendo al desmembramiento sucesivo del imperio; apremiado entre la Europa que le protege y Mehemet-Ali que le amenaza, si resiste á la humillante proteccion de los Rusos, Ibrahim llega y le derriba con solo presentarse;

si hace la guerra á Ibrahim, la Francia y la Inglaterra confiscan sus escuadras y van á acamparse en los Dardanelos; si contrae alianza con Ibrahim, se hace el esclavo de su esclavo y halla la prision ó la muerte en su propio serrallo; una energía heroica y una tentativa de sublime desesperacion son lo único que puede salvarle y restaurar por algun tiempo la gloria otomana; cerrar por ambos lados los Dardanelos y el Ponto-Euxino; hacer un llamamiento á la Europa meridional y á lo que queda del islamismo, y marchar en persona contra Ibrahim y los Rusos; — pero, suponiendo el triunfo, el imperio, cubierto de gloria por un momento, no por eso dejaria de descomponerse inmediatamente despues, con la sola diferencia de que una aureola de heroismo, iluminaria su caida, — y la raza de Osman acabaria, como empezó, en un triunfo.

Ahora que hemos visto el estado de Europa y el del imperio otomano, ¿qué debe hacer una política previsora, una política de humanidad, y no de ciego y estúpido egoismo? ¿Qué debe hacer la Europa? La rutina diplomática que repite sus axiomas, una vez recibidos, mucho tiempo despues que ya no tienen sentido y que tiembla de tener una verdadera y grave cuestion que tratar, porque no tiene ni la energía, ni la inteligencia necesarias para resolverla, dice que es

preciso apuntalar por todas partes el imperio otomano, contrapeso necesario en Oriente al poder ruso. Si hubiera un imperio otomano, si hubiera turcos capaces de crear y organizar, no solamente ejércitos, sino un Estado que pudiese velar sobre el imperio ruso, é inquietarle seriamente mientras le hiciese la guerra la Europa meridional, acaso esa política seria conservadora. Muy atrevido ó muy insensato seria preciso ser para decir á la Europa: Borra del mapa un imperio existente y lleno de vida; quita un peso inmenso de la balanza tan mal equilibrada ya del mundo político; el mundo no lo advertirá; — pero el imperio otomano no existe ya mas que de nombre, su vida se ha estinguido, su peso en la balanza es nulo; — no es mas que un vasto espacio vacío que vuestra política antihumana quiere dejar vacío en vez de ocuparle, en vez de llenarle de poblaciones sanas y vivas que la naturaleza ha sembrado ya en él y que vosotros sembrareis y multiplicareis mas y mas. No precipiteis la ruina del imperio otomano, no usurpeis el papel del destino, no tomeis la responsabilidad de la Providencia, pero no sostengais, con una política ilusoria y culpable, ese fantasma al que nunca podreis dar mas que la apariencia y la actitud de la vida, porque está muerto. No os hagais los auxiliares de la barbarie y del

islamismo contra la civilizacion, la razon y las religiones mas adelantadas que aquellos oprimen: no seais los cómplices de la servidumbre y de la despoblacion de las mas hermosas partes del mundo; dejad que se cumpla el destino; mirad, aguardad, teneos prontos.

El dia en que se desmorone por sí mismo el imperio, zapado por Ibrahim ó por un bajá cualquiera, y caiga pedazo á pedazo al norte ó al mediodia, tendreis que decidir una cuestion muy sencilla: — ¿Es preciso hacer la guerra á la Rusia para impedirle que herede las orillas del mar Negro y la ciudad de Constantinopla? ¿Es preciso hacer la guerra al Austria para impedirle que herede la mitad de la Turquía de Europa? ¿Es preciso hacer la guerra á la Inglaterra para impedirle que herede el Egipto y su camino para las Indias por el mar Rojo? ¿A la Francia para impedirle que colonice la Siria y la isla de Chipre? ¿A la Grecia para impedirle que se complete con el litoral del Mediterraneo y con las hermosas islas que tienen su poblacion y su nombre? ¿A todo el mundo enfin, de miedo de que alguno se aproveche de esos magníficos despojos? ¿O conyene mas ponernos de acuerdo y repartirlos entre la raza humana, bajo el patrocinio de Europa, para que la raza humana se multiplique y crezca en ellos y los fecundice la

civilizacion? Tales son las dos cuestiones que tendrá que examinar un congreso de las potencias de Europa, y ciertamente que no es dudosa la respuesta.

Si haceis la guerra, tendreis la guerra con todos los males y todas las ruinas que acarrea; causareis la desgracia de la Europa y del Asia, y la vuestra tambien, — y acabada la guerra por efecto del cansancio, no habreis impedido nada de lo que queriais impedir; la fuerza de las cosas, la irresistible pendiente de los sucesos, la influencia de las simpatias nacionales y de las religiones, el poder de las posiciones territoriales producirán su inevitable efecto. La Rusia ocupará las orillas del mar Negro y la ciudad de Constantinopla; el mar Negro es un lago ruso cuya llave es Constantinopla. El Austria ocupará la Servia, la Bulgaria y la Macedonia para seguir el paso á la Rusia; y la Francia, la Inglaterra y la Grecia, despues de haberse disputado algun tiempo el camino, ocuparán el Egipto, la Siria, Chipre y las islas. El efecto será el mismo; la sola diferencia será que se habrán derramado torrentes de sangre en tierra y en mar, se habrán sustituido divisiones forzadas, arbitrarias, hechas por el azar de las batallas, á divisiones racionales de territorios; colonizaciones útiles habrán perdido años, y durante estos años, acaso

largos, la Turquía de Europa y el Asia habrán sido presa de la anarquia y de incalculables calamidades: — mas desiertos hallareis todavía en esas regiones que los que dejarán en ellas los Turcos. La Europa habrá retrocedido en vez de seguir su movimiento acelerado de civilizacion y de prosperidad, y el Asia habrá quedado mas tiempo muerta en su sepulcro. Si la razon preside al destino de Europa ¿puede titubear? Y si titubea ¿qué dirá la historia de sus gobiernos y de sus guias? Dirá que la locura y el egoismo suicida han dirigido el mundo político en el siglo XIX, y que los gabinetes y los pueblos han desdenado el mas magnífico presente que jamas ofreció la Providencia á las necesidades de una época y á los progresos de la humanidad.

He aquí lo que se debe hacer. Reunir un congreso de las principales potencias que lindan con el imperio Otomano ó tienen intereses en el Mediterraneo; establecer, en principio y de hecho, que la Europa se retira de toda accion ó influencia directa en los asuntos interiores de la Turquía, y que la abandona á su propia vitalidad y á los azares de su propio destino, y convenir de antemano en que, dado el caso de la caida de este imperio, sea por una revolucion en Constantinopla, sea por un desmembramiento sucesivo, las potencias europeas tomarán cada cual, á ti-

tulo de protectorado, la parte del imperio que se les asigne por las estipulaciones del congreso; que estos protectorados, definidos y asimilados en cuanto á los territorios, con arreglo á la seguridad de las fronteras, la analogia de religiones, de costumbres y de intereses, no menoscabarán en nada las soberanías locales, preexistentes en las provincias protegidas, y no consagrarán mas que el señorío de las potencias. Esta especie de señorío así definido, y consagrado como derecho europeo, consistirá principalmente en el derecho de ocupar tal ó cual parte del territorio ó de las costas, para fundar en él, bien sea ciudades libres, bien sea colonias europeas, ó bien puertos y escalas de comercio. Las diversas nacionalidades, las clasificaciones de tribus, los derechos preexistentes de toda especie, serán reconocidos y conservados por la potencia protectora. Cada potencia no ejercerá sobre su protectorado mas que una tutela armada y civilizadora; garantizará su existencia y sus elementos de nacionalidad, bajo la bandera de una nacionalidad mas fuerte; la preservará de las invasiones, de los desmembramientos, de las revueltas y de la anarquía; le suministrará los medios pacíficos de desarrollar su comercio y su industria.

Establecido esto, el modo de accion y la influencia de los protectorados sobre las partes del

Oriente que les toquen en suerte, variarán segun las localidades y las costumbres; y emanarán de las circunstancias especiales; he aquí como procederán por sí mismas las cosas.

Se empezará por fundar una ó varias ciudades libres europeas, en uno de los puntos de la costa ó del territorio mas favorecidos por la naturaleza y las circunstancias. Estas ciudades, abiertas, igualmente que su territorio, á todas las poblaciones protegidas, serán regidas por la legislacion de la madre patria ó por legislaciones coloniales; entrando en ellas, los protegidos adquirirán el derecho de ciudadanía; cesarán de estar sometidos á las legislaciones opresivas y bárbaras de su tribu ó de su príncipe; disfrutará la consagracion del derecho de propiedad y de trasmision que les falta casi en todas partes, y que es la primera palanca de toda civilizacion; gozarán las inmunidades de comercio, de industria, de milicia que tenga á bien conferirles la política del Estado protector. — Las relaciones mercantiles entre estos principales centros de libertad, de propiedad y de civilizacion, se extenderán inevitablemente de uno á otro; las ciudades, las aldeas, las tribus no tardarán en pedir á una voz la nacionalidad y los derechos sociales que de ella resulten. El pais protegido pasará en pocos años, todo entero, á los cuadros de la na-

cion protectora : la uniformidad de leyes y de ventajas políticas y sociales se establecerá pronta y libremente, y cuenta que ya esos pueblos aprecian y anhelan vivamente esas ventajas. Cansados ya de la tiranía, y de la bárbara y opresiva administracion que los diezma, sedientos sobre todo de libertad individual, de propiedad y de comercio, no hay duda alguna que las primeras ciudades abiertas se llenarán inmediatamente. El contagio del ejemplo y la próspera seguridad de que disfrutarán aquellas ciudades y sus territorios, arrastrarán las poblaciones enteras : solo dos cosas hay que respetar, la religion y las costumbres, y esto es fácil, pues que la tolerancia es la ley de la razon y de la Europa y el inveterado hábito del Oriente. Todos los cultos deben continuar viviendo reunidos en toda su franquicia y su mutua independencia : solo podrán imponerse algunas condiciones puramente civiles á los que se establezcan en las ciudades europeas, pero respetando siempre las creencias. La ley municipal y protectora no reconocerá ni la pluralidad de las mugeres, ni la esclavitud, pero no prohibirá nada de lo que entra en la jurisdiccion de la vida privada de la familia, ó de la conciencia.

Habrá dos especies de legislaciones en cada protectorado, — una legislacion general y en

cierto modo feudal, que establecerá las relaciones generales de los pueblos y de las tribus protegidas, entre si y con la nacion protectora, como las cuotas de las contribuciones, la milicia y las limitaciones de territorios ; y una legislacion europea de las ciudades libres europeas, análoga á la civilizacion de la nacion protectora, — legislacion modelo, ofrecida sin cesar como ejemplo y objeto de emulacion á la legislacion atrasada y bárbara de las tribus vecinas. Es indispensable dejar subsistir, de derecho y de hecho, las separaciones ; únicamente se debe en el pacto comun, vigilado por el protectorado, obligar á vivir en paz entre sí á esas razas de hombres divididas en naciones, en tribus, en religiones y costumbres distintas que existen en Oriente ; es preciso acostumbrarlas á la comunidad de intereses, reunir las para ciertos objetos en asambleas deliberantes por nacion y por tribu ; luego hacerles nombrar en su seno mandatarios, elegidos entre los mas ilustrados, que deliberarán á su vez con los mandatarios de las otras naciones y tribus sobre intereses comunes á todo el protectorado, á fin de ir las acostumbrando poco á poco á tener entre sí relaciones amistosas y á establecer una verdadera fusion entre ellas por la fuerza de las costumbres y no por la fuerza de las leyes. El Oriente está tan preparado



por sus hábitos municipales y por la inmensa diversidad de sus razas á semejante estado de cosas que la nacion protectora no hallará ninguna dificultad, escepto en una ó dos grandes capitales, como Damasco, Bagdad, el Cairo y Constantinopla. Estas dificultades no deberán resolverse con la fuerza, sino solo por medio de la comunicacion temporal con el resto de los territorios protegidos. La cesacion del comercio es para el Oriente la cesacion de la vida: el arrepentimiento producirá muy luego la reconciliacion.

La posibilidad, mas diré, la facilidad suma de semejante organizacion está demostrada para todo el que ha recorrido esos paises. El esceso de la servidumbre, de la ruina, de la despoblacion; la ausencia del derecho de propiedad y de trasmision legal; la arbitrariedad de un bajá que pesa sin cesar sobre la hacienda y sobre la vida, han desnacionalizado hasta tal punto á esos hermosos paises, que cualquiera bandera que se plante en ellos bajo estas condiciones reunirá inmediatamente la mayoría de las poblaciones bajo su sombra. La mayor parte de esas poblaciones están maduras para una gran mudanza; todas las de la Turquía de Europa, y todas las poblaciones griegas, armenías, maronitas y judías, son laboriosas, cultivadoras, traficantes y no piden mas que propiedad, seguridad y libertad

para multiplicarse y cubrir las islas y los dos continentes. En veinte años, la medida que propongo habrá creado naciones florecientes y millones de hombres que marcharán, bajo la proteccion de la Europa, á una civilizacion nueva.

Pero, se me dirá ¿qué hareis de los Turcos? y yo preguntaré donde están los Turcos. Una vez desmoronado, dividido y desmembrado el imperio, los Turcos, rechazados de todas las poblaciones levantadas, ó se confundirán con ellas, ó huirán á Constantinopla y á algunas partes del Asia Menor donde estarán en mayoría. Serán tan poco numerosos, se hallarán rodeados de tantos enemigos implacables, quedarán tan sobrecogidos del azote de la fatalidad, que no tendrán aliento para reconquistar sus inmensos dominios, y formarán una de esas naciones garantizadas y protegidas por la potencia europea que acepte el señorío del Bósforo, de Constantinopla ó del Asia Menor, harto dichosos de que ese escudo los proteja de la venganza y las agresiones de los pueblos que les estuvieron sometidos. Conservarán sus leyes, sus costumbres, su culto, hasta que el contacto de una civilizacion mas adelantada los traiga insensiblemente á la propiedad, al trabajo, al comercio y á todos los beneficios sociales que de él emanan: su territorio, su independencia relativa y su nacionalidad